

SAN FULGENCIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Fulgencio, hermano de san Leandro, de san Isidoro y de santa Florentina, nació en Cartagena por los años del Señor de 564, gobernando la Iglesia san Juan III, y reinando en España Atanagildo. Su padre se llamó Severiano: el nombre de su madre no está averiguado, pues el de Turtura, que le dan algunos, parece ser el nombre, no de la madre de san Fulgencio, sino de la abadesa que gobernaba el monasterio é instruía santamente á la virgen Florentina. Eran gente noble y principal, descendientes de los Romanos; y al lustre de la sangre juntaban el de una piedad tan acendrada, como manifiesta la educación de sus hijos, y el destierro que padecieron en tiempo de Leovigildo, perseguidor de los católicos y protector de los arrianos. Crióse Fulgencio entre los trabajos y adversidades de un cruel destierro; pero como en ellas había su madre abierto mas los ojos para conocer que nada hay en el mundo digno de precio sino la virtud, la cual permanece cuando se pierde la fortuna, inspiró en el tierno corazón de su hijo las sublimes ideas de piedad y de religion que los trabajos la habían enseñado.

Siendo todavía muy jóven, pasaron sus padres á mejor vida, quedando el santo bajo la tutela y dirección de su hermano Leandro, quien cultivó su talento, procurando se instruyese en todo género de letras humanas y sagradas, en lo que salió muy aprovechado. Era Fulgencio de un natural dócil y capaz de todo, de un genio vivo y penetrante, y sobre todo, de una bondad tan amable, que admitia con facilidad los sabios documentos de su hermano. Este llegó á

T. 1.^o

274.



S. FULGENCIO, O. Y C.

formar tal concepto de su virtud, de su integridad y de su despejo para cualquier género de negocios, que hallándose en Sevilla, y considerando que aun se podrian poner en buen orden los bienes de fortuna de que les habia privado el destierro, le envió á Cartagena solo, encargado de negocios, dificiles atendidas las circunstancias del tiempo borrascoso. Como Fulgencio era jóven y de dócil condicion, temió su hermano que podría ser facilmente seducido de otros jóvenes, que entre los desórdenes de la revolucion y de las armas no podian menos de respirar un aire pestilente. Siempre teme lo peor el que ama mucho; y asi lo manifestó san Leandro escribiendo á su hermana Florentina. ; *Triste de mi, decia, triste de mi! que he enviado inconsideradamente á Cartagena á nuestro hermano Fulgencio, cuyos peligros me tienen con un continuo sobresalto.* Pero la virtud de nuestro santo desvaneció los temores de su hermano mayor, saliendo vencedora de los peligros temidos justamente.

Volvió Fulgencio á Sevilla, y continuó de nuevo las instrucciones de Leandro, copiando en si fielmente los afectos de su corazon, y bebiendo su espíritu. Este era un espíritu de abnegacion, de pobreza, de humildad y de retiro, como lo manifestó entrándose en un monasterio; y aunque Fulgencio no le siguió en la determinacion, no fué por falta de voluntad propia, sino por hacer la de su hermano mayor, y por conocer que la verdadera virtud no es privativa de los claustros, ni está reñida con los que de veras la buscan entre los inevitables tráfigos del mundo. Cuidaba no obstante de no internarse en ellos mas de lo que permitia su obligacion y necesarias conexiones, dedicando á Dios y al estudio los trozos mas preciosos de su vida. En cualquiera parte encuentran á Dios los que le buscan con deseos sencillos de encontrarle; en cualquiera parte labra su santificacion y su mérito el

que, dando oídos solamente á las voces del Evangelio, le sigue por norte, le imita como á modelo, y le obedece como á ley y regla constante que asegura el acierto y la santidad de las acciones. Experimentóse así en nuestro santo, á quien ni las contradicciones del mundo, ni la persecucion, ni lo calamitoso del tiempo para los fieles verdaderos pudo servir de impedimento en sus loables propósitos y religiosos ejercicios. Consolaba á los afligidos, socorria á los necesitados, instruía á los ignorantes y sostenía á los flacos: animado siempre del espíritu y valor que da la caridad verdadera contra el vil temor que inspira el amor propio, y aun la virtud fingida.

Crecía por momentos su fama siguiendo los pasos de su virtud, y entre los católicos se respetaba su mérito como uno de los mas sobresalientes en piedad, literatura y fortaleza de ánimo, tan necesaria en un tiempo en que la verdad tenía contra sí declarado por enemigo al poder. Este comun y bien formado concepto hizo que vacando la silla de Écija le eligiesen por su obispo, y de hecho fue consagrado antes del año de 610. Luego que se sentó en la silla Astigitana comenzó á esparcir rayos de luz y de doctrina á manera de una luciente antorcha puesta sobre el candelero. Dedicóse primeramente á desterrar los abusos que se habían introducido en la disciplina eclesiástica; y como conocía que el primer móvil de las acciones del pueblo es la conducta de los eclesiásticos, velaba incesantemente sobre sus costumbres, reformando sus extravíos, corrigiendo sus yerros y castigando con misericordia los excesos imprescindibles de una naturaleza frágil y corrompida. Poco hubiera este aprovechado sin el ejemplo y la práctica de lo mismo que enseñaba y persuadía; porque cuando un prelado contradice con sus costumbres á las leyes, es muy dificultoso que sea obedecido, y mucho mas que los

inferiores no conciban en sus transgresiones otros tantos salvoconductos para dispensarse de la ley, ó para traspasarla. Pero cuando el superior es justo é irreprochable, su mismo ejemplo predica, persuade y corrige en el secreto de los corazones de sus súbditos. Nada creía Fulgencio que le era permitido, que no pudiese ser de ejemplo y de provecho positivo á sus ovejas. Recreaciones de ánimo estrepitosas, empleos diferentes del tiempo, muestras exteriores de fausto y de poder que suelen adoptarse con pretextos especiosos de utilidad comun, jamás pudieron lograr en Fulgencio otro concepto que el de verdaderos delitos.

Un pastor, un obispo que piensa con esta exactitud, es facil de conocer cuanto amaria á sus súbditos, y cuantas ventajas lograrían estos bajo de su direccion. Los pobres tenían en Fulgencio un dispensador fiel de su patrimonio; las viudas, los huérfanos, los pupilos no echaban menos á sus protectores, sus padres y sus esposos; nuestro santo cuidaba de todos como si no tuviera que cuidar mas que de solo uno; pero los empleos de la caridad no disminuían un punto el zelo y vigilancia que debía á todas las gerarquías de su diócesis, ni á su propia santificacion. Esta la promovía con continua oracion, con ayunos, vigili-
lias y mortificaciones, celando al mismo tiempo el honor de la casa de Dios, y velando sobre la mas arreglada disciplina. Habíase introducido en su obispado la corruptela de ordenar de diáconos á los casados con mujeres viudas, lo cual era contra todo derecho, y en conocido agravio de la severa disciplina que observaba inviolablemente la Iglesia de España. San Fulgencio procuró cortar de raiz este abuso, y gobernando á la sazón su hermano san Isidoro la Bética, solicitó que se tuviese un concilio, que fué el segundo de Sevilla, en el año de 619, año séptimo del

reinado de Sisebuto. En este concilio se determinó que eran ilícitas las órdenes conferidas á sugetos que hubiesen estado casados con viudas, y debian ser privados del ejercicio de sus ministerios, sin que pudiesen ser promovidos al diaconado, como se dice en su cánón cuarto.

No se limitó á esto solo el zelo de Fulgencio; los derechos de la silla que ocupaba los miraba como una de las primeras obligaciones de su cargo; y aunque el temor de tener que dar á Dios cuenta de todas sus ovejas le hacia desear la reduccion de su número, el haber de ser igualmente responsable del justo orden y arregladas gerarquías en que Jesucristo y sus apóstoles habian distribuido la Iglesia, le movieron á deducir en el concilio la contienda que se habia suscitado entre el Santo y Honorio, obispo de Córdoba. Éste pretendia que cierta parroquia pertenecia á la ciudad Celticense, y de consiguiente á su obispado; y san Fulgencio era de opinion contraria, juzgando que la parroquia controvertida era jurisdiccion de la ciudad Reginense, y por tanto sujeta á la silla Astigitana. Decretó el concilio en el cánón II, que se nombrasen por ambas partes sugetos hábiles que demarcasen los limites antiguos, y se adjudicase la parroquia á aquel obispo dentro de cuyo término fuese señalada; pero que si, hecha la demarcacion, quedase ambiguo el caso, debia tocar al de la posesion tricenal. En este cánón y en todo lo demás del concilio, se ve la integridad y sabiduria de los ilustres padres que le formaban, entre los cuales no fué el menor san Fulgencio.

Ya habia dado el santo, mucho antes, pruebas convincentes de su rectitud en el acto de firmar el decreto del rey Gundemaro, cuando vino á Toledo á asistir á la exaltacion de este principe al trono. Y así no hay virtud de las que forman un prelado que no se admirase en su persona, y le hiciese aclamar santo y perfecto.

Dícese que escribió muchos libros expositivos de la sagrada Escritura, y otros para la instruccion del pueblo: su santidad y la sabiduria que es natural recibiese de su hermano san Leandro, hacen creible esto y mucho mas; pero hasta ahora no ha sido Dios servido de darnos el consuelo de desvanecer las dudas que sobre este punto dejó escritas un erudito agustiniano, con tan sólidos fundamentos, que solo un dichoso hallazgo de sus escritos, entre tantos que yacen sepultados en los archivos por una desidia vergonzosa, podrá aclarar y convencer la opinion desde el siglo XIII recibida. Lo que no tiene duda es que, deseoso san Fulgencio de que tuviesen los eclesiásticos toda la instruccion necesaria de las cosas pertenecientes á la Iglesia, pidió á su hermano san Isidoro, que en aquel tiempo vivia con grande fama de sabio, que escribiese sobre el origen de las cosas pertenecientes á los officios eclesiásticos. El santo Doctor, accediendo á la súplica de san Fulgencio, escribió dos libros sobre este asunto, que son dos pruebas de su profunda doctrina y un ornamento de nuestra madre la Iglesia. Dedicólos á san Fulgencio, y en el fin de ellos le pide que ruegue á Dios por él, bien seguro de la eficacia de sus oraciones.

Contento el Santo con haber desterrado de su diócesis los abusos y reformado la disciplina, viendo propagada por todas partes la instruccion y la general reforma de costumbres, pensó en dedicarse con mas tranquilidad á otros objetos, que, aunque igualmente acreedores á los cuidados del pastor que los ya dichos, no habian excitado su solicitud por estar resguardados de la corrupcion con su mismo retiro. Estos eran los monasterios de religiosas, que con la direccion de su hermana habian subido á un número prodigioso, contando mas de mil virgenes sagradas, sujetas al magisterio y obediencia de santa Florentina, aunque en

diferentes monasterios. San Fulgencio los miraba como depósitos de la santidad y de la inocencia, y venturosas mansiones en donde el Esposo celestial goza completamente sus inefables delicias. Visitábalos el santo, exhortando con sus fervorosos consejos é instrucciones á la perseverancia y al espiritual aprovechamiento en todas las virtudes. Como á un mismo tiempo se hallaba el santo obispo en Écija, y su hermana abadesa en la misma ciudad, concurrían la obligación pastoral y el natural afecto de hermano á hacer mas vivos sus regulares esfuerzos por la observancia, reformation y aumentos espirituales de todos los monasterios. Jamás se vieron mas florecientes aquellos verjeles de Jesucristo, ni mas fecundos en virtudes: jamás habia respirado la virginidad mas copiosamente el suave olor que enamora á los cielos, y hace á los hombres igualarse con los ángeles.

La pureza virginal se simboliza en una delicada y bella rosa, que tanto dura su hermosura, en cuanto la cercan y defienden las espinas, y en cuanto no se permite tocar de mano grosera y villana. Toda la naturaleza concurre para hermosearla y hacerla reina de las flores: la tierra la suministra los jugos mas aromáticos; el cielo los colores mas vivos y deliciosos; y aun el mismo encogimiento que manifiestan sus hojas al salpicarlas la aurora con su rocío, aumenta su precio y su valor. Todos los demás estados de la Iglesia los reputaba Fulgencio como cercados de árboles fructíferos, capaces de defenderse por si de los impetus de cualquier huracan, sin embargo de ser dignos de la mas vigilante custodia; pero los monasterios de vírgenes llevaban su atencion como sagrarios dignos de guardarse con el decoro y reverencia que si fuesen sacramentos instituidos por Jesucristo, como escribia san Ignacio á su sucesor en la silla de Antioquia. A proporcion de estas ideas era su esmero, su

cuidado, su vigilancia, las máximas que las sugería, y la provision de ministros que velasen en su educacion, en su consuelo y en su custodia. Así se vieron florecer y aumentarse diariamente aquellos depósitos de santidad, con grandes ventajas de la Religion y mérito de nuestro santo, que fomentaba por su parte las intenciones de su hermana con todo el vigor que puede un obispo exacto, celoso, amable y justiciero.

El peso continuo de una carga que no llevaba á medias, sino sobre sus hombros, iba poco á poco debilitando sus fuerzas y su salud; pero por eso no dejaba de suplir con su espíritu lo que faltaba á las fuerzas corporales. Predicaba incesantemente, siendo sus palabras fuego vivo que encendia los pechos mas helados, y espada de dos filos que dividia el espíritu y trasformaba los corazones. Sentía sin embargo que se le iba acercando aquel día feliz en que libre de los lazos de la mortalidad habia de reinar con Cristo. Este pensamiento estimulaba su fervor para emplearse con mas continuacion y ahinco en los ejercicios de piedad, que habian sido el objeto de su vida y de su desinterés. Multiplicó las limosnas, aumentó sus oraciones, avivó la predicacion, y parecia querer excederse á si misma aquella alma grande, cuando presagiaba tan de cerca la corona que á sus merecimientos estaba reservada por el justo Juez. De la continuacion en predicar, de las penitencias y trabajos padecidos en el gobierno de su grey, le resultó tal debilidad y falta de fuerzas, que aconteció algunas veces quedarse desmayado y como amortecido en el acto mismo de dar el pasto espiritual á sus ovejas. Estos accidentes y deliquios le trajeron finalmente la muerte, de que eran precursores, y el Santo dió su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y dulzura que causa el testimonio de la buena conciencia, por los años del Señor de 626.

Su muerte fué llorada universalmente de todos, como la de un benéfico y amoroso padre; y al tiempo que las copiosas lágrimas publicaban el verdadero sentimiento, se consolaban los corazones afligidos con la dulce satisfaccion de aclamarle santo. Desde el punto que murió fué venerado por tal, y esta sola noticia que ha llegado fielmente hasta nosotros hasta para recompensar las muchas que se han perdido, y cuya falta ha sido ocasion de escribir mil cosas de este santo prelado, sin fundamentos tan sólidos como pudiera desearse.

El cuerpo de san Fulgencio fué sepultado en Écija, en donde se conservó con la mayor veneracion hasta la entrada de los moros en España. La fama de santidad y el culto que tenia, se convence en el hecho de haber trasladado sus reliquias en aquella ocasion funesta. Los cristianos luego que se veian amenazados del terrible azote, cuidaban principalmente salvar los tesoros de su piedad. El perder sus haciendas, sus hogares, el patrio suelo, todo lo miraban con indiferencia respecto de las sagradas reliquias de los santos é imágenes de Jesus y de Maria. Hacian sus fugas cargados con tan preciosos tesoros; y cuando volvian los ojos llorosos á mirar la patria que abandonaban, les servia de consuelo la certeza de que no quedaban aquellos despojos sagrados expuestos á la profanacion de los bárbaros vencedores. Con esta piedad y esperanza de mejor fortuna llevaron el cuerpo de san Fulgencio á las montañas de Guadalupe, donde le escondieron junto al nacimiento del rio de este nombre, y cerca de la villa de Berzocana. Reinando despues don Alfonso el XII, fué Dios servido de manifestar este tesoro, que fué colocado en la dicha villa, en donde se mantuvo con mucha veneracion de los pueblos circunvecinos. Cartagena, deseosa de poseer alguna parte de las reliquias de san Fulgencio y de su santa

hermana, imploró la piedad y el poder del señor don Felipe II, por cuyo mandado se sacaron cuatro huesos de Berzocana, y dejando dos en el real monasterio del Escorial, llevaron otros dos los canónigos comisionados á la iglesia de Cartagena, en donde se veneran con tanta devocion de los fieles, como merece la santidad de un tan gran obispo, y de una vírgen sábica que conservó siempre la lámpara encendida con el aceite de las buenas obras. Sucedió esta última traslacion en el año del Señor de 1593.

La misa es en honor del santo, y la oracion es la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Fulgentii Confessoris tui atque Pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvet peccatis: Per Dominum nostrum...

Oye, Señor, las súplicas que te hacemos en la festividad de tu confesor y pontífice san Fulgencio; y pues te sirvió dignamente, libranos de todos los pecados en atencion á sus merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7 de san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Et alii quidem plures facti sunt sacerdotes, ideo quod morte prohiberentur permanere. Hic autem eo quod maneat in æternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum: semper vivens ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segre-

Hermanos: Se hicieron muchos sacerdotes (en la ley) porque la muerte los impedia el permanecer. Pero Jesucristo como permanece eternamente, tiene un sacerdocio tambien eterno. Por eso puede salvar perpetuamente á los que por medio suyo se llegan á Dios; y está siempre vivo para interceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un pontífice como este, santo,

gatus à peccatoribus et excel-
sior cœlis factus : Qui non
habet necessitatem quotidie,
quemadmodum sacerdotes, et
prius pro suis delictis hostias
offerre, deinde pro populi :
hoc enim fecit semel seipsum
offerendo.

inocente, sin mancha, separa-
do de los pecadores, y mas
elevado que los cielos, que no
tiene necesidad, como los otros
sacerdotes, de ofrecer todos
los dias sacrificios, primero
por sus propios pecados y
despues por los del pueblo.
Porque esto lo hizo una vez
Jesucristo nuestro Señor ofre-
ciéndose á sí mismo.

REFLEXIONES.

*Jesucristo, como permanece eternamente, posee tam-
bien un eterno sacerdocio.* Solo para negociarte la salud
ejercitó Jesucristo el ministerio de su sacerdocio. En
calidad de sacerdote te enseña, y es tambien tu mo-
delo. Él es tu primer maestro en materia de religion.
Hasta que vino al mundo Jesucristo no se habia visto
un doctor perfecto, cuyas doctrinas no se resintiesen
de la flaqueza é incertidumbre de las luces humanas.
Los mayores sabios habian llegado á conocer ciertas
verdades; pero como las mezclaban por otra parte con
errores y delirios los mas groseros, daban bien á co-
nocer que ignoraban otras muchas. Quisieron prescri-
bir reglas de conducta, é irritaron las pasiones cuando
pensaban reprimirlas. Todos se contrariaban mutua-
mente en sus ideas y principios: prueba incontestable
de su comun ignorancia, pues la verdad nunca ad-
mite divisiones ni partidos. Jesucristo reúne en su per-
sona una sublimidad de luces, una extension de co-
nocimientos y una claridad en sus discursos, que no
se habia visto jamás. Libre de los perjuicios de la pa-
sion establece principios sólidos, y prescribe reglas
invariables y seguras, propias para todos en todos los
estados y situaciones de la vida. Jesucristo nos en-

seña las mas grandes, las mas altas verdades: el ser
divino, su verdad, sus perfecciones, su trinidad, y
la igualdad de las tres personas en poder y en eter-
nidad. Nos enseña á conocer á su Padre, y el culto
que le debemos. Se manifiesta á sí mismo, y nos hace
palpable la necesidad que teníamos de su venida. Por
su doctrina conocemos todos nuestros males, su ori-
gen, nuestra natural impotencia para sanar de ellos,
y la fuente única de donde debe venirnos el remedio.
Hubo filósofos que condenaron la usurpacion de lo
ajeno, la violencia y la ira contra los demás hom-
bres; pero ¿qué filósofo habia condenado el orgullo,
el amor propio, el odio y aun la venganza contra un
enemigo, hasta que vino Jesucristo? ¿Quién sino Je-
sucristo pudo enseñar al hombre á temer los honores,
á despreciar los elogios, á tener por bienes los tor-
mentos y á tener por un crimen un solo deseo, un
pensamiento contrario á la inocencia? Sin embargo,
habrá muy pocos que no esten intimamente persua-
didos de la sublimidad de esta doctrina; ¿pero son
muchos los que la practican?

Si Jesucristo no hubiera hecho mas que proponerla,
sin haberla sostenido con su ejemplo, esto seria mos-
trarnos el camino sin andarle, pero no nos le hubiera
dejado tan suave. Este es el escollo en que han tro-
pezado todos los principales sectarios. Doctores su-
blimes en sus palabras é infieles prevaricadores en
sus obras; muy elevados en sus discursos y abati-
dos en sus acciones; panegiristas perpetuos de la sa-
biduria y enemigos declarados de la sólida virtud.
Examínese por el contrario la conducta de Jesucristo,
y se verá una concordia admirable entre sus máximas
y sus operaciones. Desprecia las riquezas, rehusa los
honores, se separa del mundo, renuncia á los pla-
ceres, desea los tormentos, se compadece de los pe-
cadores, se sujeta á los soberanos, obedece á su Pa-

dre : oracion , zelo santo , humildad , templanza , todo esto se manifiesta exactamente en el curso de su vida. Fácilmente se reconocen todas estas virtudes en la conducta de Jesucristo ; pero aunque no las practicó sino para darnos ejemplo y cumplir la voluntad de su eterno Padre que nos le envió por maestro , ¿son tantos los que le imitan como los que se precian de ser y llamarse sus discipulos ?

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit , in quo salietur ? ad nihilum valet ultra , nisi ut mittatur foras , et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam , et ponunt eam sub modio , sed super candelabrum ut luceat omnibus , qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus , ut videant opera vestra bona , et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem , aut prophetas : non veni solvere , sed adimplere. Amen quippe dico vobis : donec transeat cœlum et terra , jota unum , aut unus apex non præteribit à lege , donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis , et docuerit sic homines , minimus vocabitur in

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos : Vosotros sois la sal de la tierra ; y si la sal se desbace , ¿con qué se salará ? Para nada tiene ya virtud sino para ser arrojada fuera y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo ; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela , y la ponen debajo del celemin , sino sobre el candelero , para que alumbré á todos los que estan en casa. Resplandezca , pues , así vuestra luz delante de los hombres , para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley ó los profetas : no vine á violarla sino á cumplirla. Porque os digo en verdad , que hasta que pase el cielo y la tierra , ni una jota , ni una tilde faltarán de la ley , sin que se cumpla todo. Cualquiera , pues , que quebrante

regno cœlorum : qui autem fecerit et docuerit : hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

alguno de estos pequeños mandamientos , y enseñare así á los hombres , será reputado el menor en el reino de los cielos ; mas el que los cumpliere y enseñare , será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

DE LA FALTA DE CORRESPONDENCIA Á LAS INSPIRACIONES DIVINAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que apenas hay hombre que no corra ansioso tras los honores , las riquezas y conveniencias que se le ofrecen en el mundo , siendo así que á poco que reflexione sobre ellas , no puede menos de conocer su vanidad é insubsistencia. Cualquiera que pretende una dignidad , un empleo , un puesto honorífico , sabe con evidencia que lo ha de perder algun dia , así como ve que lo han perdido aquellos que lo obtuvieron anteriormente. Sin embargo de este conocimiento , se pone tanta atención y son tales las diligencias que se hacen para conseguirlo , como si de ello pendiese enteramente la eterna felicidad. No sucede así con los bienes que nos ofrece Dios por medio de sus santas inspiraciones : estos son inmutables , han de durar para siempre , estamos seguros de no perderlos mientras libremente no queramos despojarnos de ellos : no nos cuesta el lograrlos mas que el desearlos y pedirlos ; y con todo necesita Dios llamar , rogar , convidar , solicitar y golpear á las puertas de nuestro corazon para que los recibamos , como si en ello le hiciésemos un gran servicio. ¡ Qué locura !

¿Dudarás acaso de la sincera voluntad con que Dios quiere tu salvacion ? ¡ Ah ! El mismo Dios se explica